

La mediación en la construcción de paz: contribuciones de la Iglesia católica local en los acuerdos de La Habana. El caso de la diócesis de Buga*

Juan David Durán-Silva¹ 

<https://doi.org/10.18046/recs.i47.04>

Cómo citar: Durán-Silva, Juan David (2025). La mediación en la construcción de paz: contribuciones de la Iglesia católica local en los acuerdos de La Habana. El caso de la diócesis de Buga. *Revista CS*, 47, a04. <https://doi.org/10.18046/recs.i47.04>

Resumen: El presente artículo buscó comprender, bajo una lectura interpretativa del suceso abordado —fenomenología—, el desarrollo práctico de la mediación eclesiástica en la construcción de paz, con la intersección entre la experiencia subjetiva de un sacerdote colombiano y las expresiones de carácter cultural, social y político que definieron la participación de la Iglesia católica en la desmovilización del grupo armado insurgente Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo FARC-EP. Desde un escenario local en el Valle del Cauca, la historia consignada abordó la relevancia del testimonio bajo el análisis de su trayectoria por medio de los aportes teóricos sobre paz posliberal, liderazgo en la construcción de paz, mediación y operatividad eclesiástica en los procesos de paz. Se concluye que, en dicha mediación, confluyó la búsqueda de una reconciliación a multidimensional. Una apuesta etnográfica, emotiva y de reflexión, inmersa en una reconfiguración continua hacia lo postsecular en la era moderna.

Palabras clave: construcción de paz, mediación, violencia, Iglesia católica, Colombia

* Este artículo de investigación corresponde a la tesis de grado para optar al título de magíster en Estudios Sociales y Políticos de la Universidad Icesi, 2021-2022, financiado con recursos propios. Artículo de investigación recibido el 21.11.2024 y aceptado el 05.12.25.

1. Universidad Icesi (Cali, Colombia)

Peacebuilding mediation: contributions of the local Catholic Church to the Havana agreements. The case of the Diocese of Buga

Abstract: This article sought to understand, through an interpretive reading of the event in question—phenomenology—the practical development of ecclesiastical mediation in peacebuilding, with the intersection between the subjective experience of a Colombian priest and the cultural, social, and political expressions that defined the Catholic Church's participation in the demobilization of the armed insurgent group Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo FARC-EP. From a local setting in Valle del Cauca, the recorded history addressed the relevance of the testimony under the analysis of its trajectory through theoretical contributions on post-liberal peace, leadership in peacebuilding, mediation, and ecclesiastical operations in peace processes. It concludes that, in this mediation, the search for multidimensional reconciliation converged. An ethnographic, emotional, and reflective approach, immersed in a continuous reconfiguration towards the post-secular in the modern era.

Keywords: Peacebuilding, Mediation, Violence, Church, Colombia

Introducción

Una banca en un parque puede representar descanso. Sin importar el material del que está hecha, le brinda al transeúnte la posibilidad de acceder a una pausa en su cotidianidad y atisbar un escenario público desde una perspectiva diferente, como al estar sentado sobre un lugar frecuentado al caminar, probablemente con premura o rutina. A su vez, una banca puede ser un espacio de encuentro entre dos partes, ya sea por decisión unánime, concertada o por pura casualidad.

Precisamente, una banca fue el escenario del acercamiento entre un representante de la Iglesia católica y uno de los cabecillas del Frente 6 de la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP), dos actores relevantes en la comunidad local de Santa Lucía y Barragán, corregimientos rurales del municipio de Tuluá, Valle del Cauca. En el parque del centro poblado, a finales del año 2015, sucedió lo que, en principio, pareció un encuentro casual: el presbítero José Alberto Grajales Carvajal, párroco de la iglesia de San Juan Bautista, identificó que, quien estaba sentado en aquel objeto de descanso, era nada más y nada menos que uno de los jefes del Bloque Occidental¹ de la ahora desmovilizada guerrilla, al mando del entonces comandante y miembro del Estado Mayor Central, Pablo Catatumbo. Sin dudarlo, el sacerdote

1. Bloque compuesto por las columnas móviles Víctor Saavedra, Alonso Cortés y Alirio Torres, presente durante los años de 1980 y la mitad de la segunda década del siglo xxi (Verdad Abierta, 2014).

optó por acercarse; una vez saludó, recibió una contestación cortés por parte del jefe guerrillero. La charla había comenzado y, según el sentir del sacerdote en ese momento, premonitoriamente iba por buen camino.

Por más que pareciese un encuentro no orquestado, en los corregimientos mencionados existía el seguimiento previo a cada una de las acciones y participaciones en los lugares públicos entre estos dos actores; era cuestión de tiempo que una situación cotidiana y casual sirviese para una presentación formal. Uno era la cara de la institución religiosa con mayor historia en la sociedad colombiana quien, al ser recién designado párroco de la región, empezó a ganarse rápidamente el reconocimiento de la comunidad por su labor social; en tanto que el otro estaba al mando de una facción del grupo armado al margen de la ley con mayor despliegue y fuerza armamentista en todo el país, agente del orden y la ley en el territorio por muchos años.

Tener una conversación entre las partes radicaba en un propósito claro: desde la localidad, la Iglesia² estaba a disposición de hacer esfuerzos para lograr el acercamiento entre la comunidad y la guerrilla por medio de la socialización de lo que, hasta el momento, se había adelantado en La Habana, Cuba, entre los equipos negociadores del Gobierno nacional y de las FARC-EP y, sin proponérselo inmediatamente, servir de acompañante a esta facción en su posterior camino hacia el desarme. Una apuesta significativa en la construcción de paz a nivel territorial, ligada a los esfuerzos por alcanzar la firma de un acuerdo que pusiese fin al conflicto armado de más de 60 años a escala nacional. Gracias a su representante, la Iglesia logró lo esperado: el Frente 6 de las FARC-EP había recibido el mensaje. Solo quedaba obtener una respuesta.

La construcción de paz es una iniciativa de carácter multidimensional —política, económica, militar y cultural (Galtung, 2003a)—, propositiva a la superación de la violencia, con la cual se desprenden procesos en escenarios mayoritariamente diversos (tanto a nivel macro como micro) y sin distinción alguna que limite la participación de las personas, comunidades o instituciones. En dicho camino, la mediación política ha sido fundamental, al punto de concentrar gran parte de sus esfuerzos dirigidos a un acercamiento y coordinación sinérgica entre las partes y en pro de acordar la eliminación parcial o total de las tensiones presentes, reducir y prevenir las manifestaciones del daño existentes y futuras y

2. La Iglesia católica ha sido la institución religiosa con mayor trayectoria en la historia de Colombia. Durante los últimos 30 años, a través de la Conferencia Episcopal (el cuerpo colegiado de los obispos del país) y el Nuncio Apostólico (la representación diplomática de la Santa Sede), ha sido invitada como mediadora o testigo a los diferentes procesos de paz llevados a cabo por los gobiernos de turno. Un protagonismo reconocido e institucionalizado por el poder político (García-Durán, 2006).

cimentar esfuerzos mancomunados para la finalización del conflicto, sirviendo así de elemento incidente en el desarrollo de las fases siguientes. Por ende, el ejercicio de la mediación es elemento determinante en el desarrollo constructivo de la paz, explícitamente en el cambio o la conservación de los contextos transversalizados por la violencia e incidente en los diferentes ámbitos de la vida humana.

El acompañamiento religioso ha gozado de protagonismo dentro del panorama de la paz a nivel nacional en las últimas décadas, no únicamente con la cooperación eclesiástica católica y su acción de intervención mediadora apuntada en la lucha pacífica contra la desigualdad, la marginación y la injusticia social, iniciada en la década de 1990 (Rodríguez, 2020), sino en una trayectoria de la modernidad donde lo secular “reconoce la persistencia de la religión, acepta sus limitaciones y reconoce el potencial enriquecedor de las perspectivas religiosas en el discurso público” (Hejazi, 2025: 4); inscripción que ha posibilitado la reproducción de credibilidad a su acción en las regiones afectadas por el conflicto armado y ante la escasa presencia descentralizada del Estado, un suceso de complementariedad pragmática, gracias a acciones civiles, en contribución al funcionalismo estatal, adjunto al peso de la herencia cultural colombiana fuertemente arraigada en el credo cristiano.

En este escrito se desarrolla la trayectoria de vida de un líder espiritual en la siembra y trabajo para consolidar la paz. Una paz que va más allá de ser proclama dogmática e histórica de la fe católica; una paz en constante cambio, llena de altibajos, con múltiples rostros, pero perseguida y, por qué no, alcanzable.

Así, el presente artículo buscó comprender el desarrollo práctico de la mediación eclesiástica en la construcción de paz desde la intersección entre la experiencia subjetiva de un sacerdote colombiano y las expresiones de carácter cultural, social y político que definieron la participación de la Iglesia católica en la desmovilización del grupo armado insurgente FARC-EP a nivel local, específicamente con el caso de la Diócesis de Buga³.

Esta propuesta se inscribió en la relevancia que el fenómeno de la paz cobró dentro del panorama global y coyuntural del país y que surgió de la necesidad por

3. Aquí, se propone la mediación como la participación eclesiástica en la esfera pública —dominio del Estado—, gozante de legitimidad para la superación de las crisis políticas derivadas en escenarios de violencia a gran escala, “bajo un panorama de reorganización estructural donde convergen la gobernanza de lo secular y lo religioso” (Jong, 2025: 3), moldeándose según los contextos históricos y culturales de los pueblos y las esferas de poder a nivel local, regional, nacional e inherente en la transformación de la relación entre Estado-Iglesia ante de la reconfiguración postsecular de roles, concepciones y limitaciones de responsabilidades (gobernabilidad) en el desarrollo de la vida humana.

indagar la forma en que la mediación política para la resolución de conflictos se hace tangible en la experiencia y en la actividad humana hacia la transformación de la violencia desde acciones pacíficas, localizadas y abanderadas por actores externos del ámbito estatal. Lo anterior generó una contribución empírica a la discusión de los estudios posliberales de paz en los escenarios cotidianos de la vida social, a partir del ejercicio de la memoria y su transmisión narrativa en la entrevista, al punto de resaltar los aportes de un actor particular desde una lectura subjetiva y biográfica de los fenómenos vividos por él bajo su rol religioso y representativo en la comunidad.

Paz holística, liderazgos y mediación

Durante las últimas décadas, la noción de paz se ha erigido en aras de superar el paradigma liberal. Lo ha hecho cohesionando un cuestionamiento crítico al posicionamiento hegemónico de su construcción, bajo la dirección institucional de los Estados y del sistema internacional, siendo esta una perspectiva en la que se realza la estrategema de las agendas políticas occidentales por excluir la representatividad participativa local y comunitaria en dicho proceso; una expresión orientada al debilitamiento de la agencia y a la ponderación de la actuación estatal (Richmond, 2011).

La emergencia de los estudios de paz posliberales ha proporcionado solidez a la perspectiva alternativa de “solucionar los conflictos creativamente y sin el uso de la violencia” (Galtung, 2003b: 31). Una creatividad enmarcada en el reconocimiento y relevancia a las acciones con fines pacíficos desde el compromiso de transformar esa multiplicidad de variables que recrean la composición de un conflicto armado prolongado. Es la implicación de una construcción motivada por la participación de los distintos actores integrantes de las poblaciones afectadas por el conflicto y, a su vez, atribuible a la necesidad de comprender los roles y las acciones determinantes en cada contexto para la finalización y superación de los diferentes ciclos de la violencia. Es así como la paz se configura integralmente recreando la interacción multiparticipativa en contravía a la promoción jerárquica y liberal. Una paz ya no en perspectiva negativa, formulada como la ausencia de la guerra, sino imperfecta, referida a “la ausencia de guerra y de violencia (...) junto con la presencia de justicia social” (Harto de Vera, 2016: 130); desde una semántica, según Muñoz (2001), inacabada, humanista y procesual, en constante práctica, reconocimiento y reinterpretación.

La apertura hacia el reconocimiento holístico de la paz ha conducido a revisar la forma como ha operado la participación de los distintos actores, antes poco visibles, en su entramado (Galtung, 2003b; Fisas, 2006; Lederach, 1998). Una

postura enfocada en desestimar la homogeneidad en la construcción de paz bajo la tutela de las autoridades hacia la focalización de expresiones heterogéneas y disímiles entre los diferentes ámbitos o niveles administrativos del poder como a su interior. En dicho proceso, lo local, lo regional y lo nacional maniobran en modalidades únicas y en respuesta a demandas particulares. Ya sea por las posiciones sectoriales o representativas que ocupan en las comunidades o por las habilidades de los diferentes sujetos, los actores inmersos en esas espacialidades acuden a ejercer procesos de transformación auténticos.

La conexión entre los rasgos o atributos de los liderazgos y los niveles de poder en los que se expresan, se insertan en lo que Lederach (1998) ha propuesto en un diseño piramidal de tres niveles: 1) cúspide, máximos dirigentes; 2) intermedio, líderes de grado medio, y 3) bases, líderes de las bases. Dicha apuesta organizacional de tipificación social incluye el desarrollo desigual del conflicto, el grado de afectación de las poblaciones y la capacidad de incidencia en la toma de decisiones por parte de los líderes. Entre más arriba se esté en la pirámide, menor es el desarrollo de la violencia, contrario a quienes se ubican abajo y gradualmente van padeciendo el daño en mayores proporciones. Inversamente, la toma de decisiones promovidas por la cúspide incidirá directamente en toda la población, lo que se reducirá exponencialmente si las decisiones se originan en los dos niveles inferiores.

A pesar de esa relación desproporcional entre la experimentación gradual del sufrimiento y el dolor y la capacidad desigual de incidencia en las acciones determinadas para construir paz, esclarece la existencia diferenciada en dicho proceso y la relación entre los niveles (nada desconectados entre sí), a pesar de las desigualdades expuestas.

Es por ello que esta fragmentación inquiere en las diversas expresiones de promoción de paz, atribuyendo “un marco de referencia operativo que tenga en cuenta la legitimidad, la singularidad y la interdependencia de los recursos y (...) la necesidad funcional de reconocimiento, participación y coordinación entre todos los niveles y actividades” (Lederach, 1998: 89).

De las múltiples facetas del liderazgo, en comisión con la edificación de paz, la mediación inserta la facultad de dirimir los conflictos desdibujando la vía de la negación del *otro* a partir de la distinción entre amigo/enemigo (Schmitt, 2009), esto es, cruzando la frontera de asociación o disociación. Un atributo que trasciende la formalidad expuesta en la repartición de la justicia procesal y sus mecanismos alternativos para la resolución de conflictos (MASC), inherente al fomento de una dinámica no adversarial y, a su vez, positivamente promotora del bienestar colectivo e individual de las poblaciones ante el *impasse* de la violencia.

La mediación contiene una utilidad alternativa garante de citar creativamente formas distintas al desencadenamiento del daño e integralmente favorecedora del cambio, bajo la dirección de replicar las nociones de cooperación y generación de confianza para acercar a las partes, catalizar procesos en estancamiento neutrales y en sintonía de fomentar una comunicación estable. De tal manera que, con dicho liderazgo, se logre una transformación hacia un sistema de relaciones sociales desde una cultura de compromiso en un actuar ético de respeto, empatía y solidaridad (Fisas, 2006).

¿Cómo se inserta la Iglesia católica en la construcción de paz?

La Iglesia ha sido visible e incidente en los esfuerzos globales recientes de construcción de paz a partir de múltiples expresiones y en niveles diferentes (García-Durán, 2006). Lo ha sido con la institucionalidad eclesiástica en el registro estatal de acudir a su legitimidad social y a una postura unívoca de la representación jerárquica religiosa para servir de mediadora, negociadora, garante o testigo. Así mismo, ha sido activa y poco visible con la estela movilizante y agenciada de las diferentes comunidades religiosas y sacerdotes en las regiones y localidades.

Es así como se configura la dualidad entre lo profético y lo institucional (Flórez-Suárez, 2018: 19), entre la orientación al mundo y a la sociedad en la que, por un parte, “inspira confianza y produce lo que es propio del evangelio: la alegría de vivir y de esperar”, y por otra, refiere

las relaciones al interior de la institución, expresadas en la diversidad de las estructuras eclesiásticas y las formas de poder, en las que “los cristianos tienen que vérselas con una serie de venerables tradiciones, prescripciones canónicas, litúrgicas, códigos de moral perfectamente definidos (...) centralizadas y controladas por un cuerpo de expertos: la jerarquía”. (Boof, 1982, como se citó en Flórez-Suárez, 2018: 19)

En la actualidad, los principios cristianos convergen en la construcción de paz junto al marco jurídico, político y social, lo que convoca el reconocimiento de sus agentes eclesiásticos y religiosos como promotores del bienestar colectivo (Banat; Montevercchio; Powers, 2018), más aún en las regiones asediadas por las dinámicas profundas del conflicto armado. Se trata de una síntesis del reciente enfoque pastoral en acompañamiento público a las comunidades, acción presente y detallada hacia la siembra de la paz. Ello inquiere sobre la posibilidad

de indagar acerca de la mediación en la construcción de paz como elemento de apertura donde intersecan lo político y lo religioso, a pesar de la prevalencia del sistema político liberal occidental desde sus esfuerzos normativos laicistas y neutrales por mantener la separación entre estos dos ámbitos; un escenario de probable ruptura a la lectura de yuxtaposición ambivalente entre lo político y lo religioso, lo antagónico de la razón y la sinrazón, en viraje al giro positivo de la era postsecular (Manrique, 2019).

Metodología

La oralidad puede suscribirse práctica en la interpelación de la memoria por mantener el recuerdo ante la constante del olvido. Por su parte, el relato, figura atemporal hacedora de la transferencia de saberes, se revela como un compuesto cultural cotidiano de la vida humana. Evocando a la memoria y sentado entre muebles, imágenes cargadas de un simbolismo religioso y vegetación adornante de un patio antiguo, una casa parroquial fue el espacio donde el padre Alberto evocó sus recuerdos y trazó instantes de lo que fue su trasegar en las montañas vallunas, escenario rural, distinto a su rol actual como sacerdote en el casco urbano. Entretejiendo su experiencia, las estancias vueltas conversación adujeron un momento de reflexión y preparación para escudriñar un capítulo de su vida inserto en una red de memorias significada por su vivencia.

Esta investigación respondió al enfoque cualitativo, con énfasis en la descripción y comprensión interpretativa de la conducta humana en un contexto particular y una temporalidad definida (Cárcamo, 2005). Así, se estableció la ruta epistémica de este trabajo en la interpretación de un fenómeno particular, sustentado en el enfoque subjetivo del saber (Cárcamo, 2005), con la interacción entre investigador y objeto de estudio para obtener la elaboración de un resultado científico.

Conforme a la formulación de un esquema metodológico, su desarrollo se dividió en tres momentos. El primero estuvo dedicado a la recolección y sistematización de información de primera fuente, en este caso, el testimonio del presbítero Alberto Grajales, quien acompañó a la comunidad en la interlocución con el grupo armado predominante en el territorio. El método de entrevista semiestructurada sirvió para la aproximación a lo que fueron tanto la experiencia del párroco en su estancia por Barragán y Santa Lucía como su testimonio de actor relevante en el relacionamiento de la comunidad con el grupo armado ilegal por medio de su representación catalizadora en el proceso. Preguntas diseñadas para provocar una retoma del pasado, acudir a la memoria para res-

catar la información de lo acontecido bajo la experiencia vivida y orientar al entrevistado en la narrativa, ayudaron a clarificar históricamente su paso como párroco rural de Tuluá.

De dicha información se obtuvo el conocimiento de cómo fue su actuación en una población con antecedentes de actos violentos perpetrados por actores al margen de la ley y del Estado, cómo fue su acercamiento e interacción con las partes, cómo se desarrolló su misión pastoral en representación de la Diócesis de Buga y la iglesia Católica, induciéndolo a reconocer hitos que habían marcado su estadía y a narrar las dinámicas sociales, políticas, económicas y culturales de la población para obtener una perspectiva de la región desde dichas dimensiones. Esto, por supuesto, bajo el propósito de ir componiendo y refinando la información testimonial de un actor religioso en un territorio local marcado por el conflicto armado y en vísperas de lo que se constituiría la firma de los Acuerdos de Paz.

El segundo momento estuvo enfocado hacia la exploración bibliográfica. La revisión de literatura y la construcción del marco teórico del presente proyecto de investigación se definió inicialmente en la formulación de criterios clave que permitieran identificar trabajos académicos relacionados al tema de interés. Estos fueron: construcción de paz, Iglesia católica y paz, conflicto armado, paz y participación, mediación y liderazgos en construcción de paz (tanto en español como en inglés). Posteriormente, se utilizaron los motores de búsqueda de bases de datos de libre acceso. En algunos casos, los resúmenes de cada texto y la tabla de contenido contribuyeron a la inclusión o exclusión para su revisión a detalle. Con esto, se constituyó un repositorio personal de referencias bibliográficas, así como desde el conocimiento previo de textos y autores reconocidos y referentes al tema de interés.

La técnica de investigación utilizada en este trabajo fue el testimonio de vida, práctica fundamentada en la fenomenología o comprensión de la realidad por medio de la experiencia subjetiva, de tal forma que el asunto estudiado —lo vivido por el padre José Alberto en el corregimiento de Tuluá— fuera considerado una fuente significativa, abordada en la comprensión del fenómeno en estudio gracias a las descripciones verbales personales, dotando de sentido y razón, en su ejercicio narrativo, la significancia de sus sucesos personales propios de una identidad particular y social (Bourdieu, 2011). Por tanto, el testimonio de vida abre la posibilidad de captar los problemas desde los individuos, en cómo estos crean y reflejan el mundo que les rodea (Cordero, 2012), con la premisa de apuntalar los planteamientos teóricos o ilustrar con trayectorias de vida concretas los diferentes estudios empíricos insertados en dimensiones colectivas o sociales relevantes (Restrepo, 2018).

Resultados

El diagnóstico del entorno: un insumo para la mediación

Siendo el nuevo administrador diocesano de la iglesia de San Juan Bautista, localizada en el centro poblado del corregimiento de Barragán y reconocida, entre otras, por ser el sitio donde se llevó a cabo la retención forzada de los pobladores cuando los paramilitares del Bloque Calima perpetraron la masacre el 18 de diciembre de 2000, el padre José Alberto fue el encargado de continuar con la misión evangelizadora en toda la zona desde su llegada a inicios del 2015 por mandato de la Diócesis de Buga⁴, una jurisdicción eclesiástica local de la Iglesia católica ubicada en el centro del departamento vallecaucano. Venía de estar tres años ejerciendo su vocación en el casco urbano del municipio de Buga, lugar que lo había recibido hacia más de 30 años, para pasar a residir en un paraje distinto, totalmente opuesto a la urbe, pero a su vez familiar, ya que él provenía del campo.

Su labor espiritual como pastor se debía extender hacia un lugar con dinámicas similares a las de la ruralidad colombiana: conformación de comunidades herederas de la colonización campesina, familias ligadas a tiempo completo al trabajo de la tierra, la ganadería y el cuidado de los predios y ubicadas dispersamente entre las diferentes veredas. Espacialidades definidas por la extensa longitud de predios, en su mayoría titulados a personas no residentes y conectadas por medio de caminos deteriorados que conducían a un centro situado con un mercado, una plazoleta, un puesto de salud y una escuela. Pero también, por ser un territorio violentado directa y estructuralmente desde mucho tiempo atrás, con repercusiones lamentables para sus habitantes.

La ruralidad se desenvuelve en el silencio, aspecto habitual en estos paisajes, pero en Barragán y Santa Lucía se exhalaba algo más; no era un silencio agitado únicamente por los bosques y pastizales, ni por el sonido armónico del agua en sus corridas o de los vientos desbocados; era el silencio de la comunidad. Puede ser que su origen mayoritariamente boyacense, aunque también antioqueño, haya servido como una inferencia causal a dicho fenómeno, ya que, al parecer, en la idiosincrasia popular, la gente del interior del país no dice mucho debido al clima frío *que no favorece la cercanía y el diálogo* (padre José Alberto, comunicación personal, 2.10.2021).

4. La Diócesis de Buga está compuesta por las parroquias ubicadas en los municipios de Andalucía, Guadalajara de Buga, Bugalagrande, Caicedonia, Guacarí, Riofrío, San Pedro, Sevilla, Trujillo y Tuluá.

A pesar de creer en lo anterior, el padre José Alberto rápidamente percibió que el silencio no se debía a ello, sino que más bien estaba secuenciado por un rezago de la violencia, la predominancia del miedo. Anclados en el corazón de la cordillera Central, Barragán y Santa Lucía habían sido dos lugares estratégicos en el desarrollo del conflicto armado colombiano. Su ecosistema de bosques con alta densidad y difícil acceso colindantes con el páramo —el punto más alto de la cadena montañosa que es prácticamente inexpugnable—, sirvió de fortín adaptable para campamentos guerrilleros de las extintas FARC-EP, a lo que, posteriormente, se transformó en lugar de disputa ante el arribo paramilitar y otros grupos al margen de la ley. Esto se debió, en parte, por la ubicación los corregimientos en un punto geográfico terrestre importante debido a su conectividad con otros departamentos y regiones del país.

Los sucesos de violencia directa allí estuvieron encuadrados por asesinatos selectivos hacia la población civil, desplazamiento forzado, reclutamiento a menores de edad, restricciones a la movilidad, más no fueron los únicos. De igual manera, la poca presencia institucional se incluyó a modo de dinámica de violencia, en este caso estructural, ocasionando el crecimiento de la desigualdad, la limitación en acceso a derechos y la exclusión social de grupos poblacionales por generaciones.

Una rápida lectura le permitió identificar al padre José Alberto la complejidad del escenario donde recientemente había arribado, un caldo de cultivo para la diseminación del conflicto armado con el reconocimiento de la responsabilidad estatal en el desarrollo de los acontecimientos. En sus palabras:

En cuanto a salud, por ejemplo, tienen centros de salud, pero tiene médico Barragán y lo comparte con Santa Lucía y remiten los enfermos diagnosticados como graves a la ciudad de Tuluá, es decir, es como una atención de primeros auxilios. Con relación a la educación, hay centros educativos: Santa Lucía solo tiene una escuela y los profesores no son de la región, son de Tuluá, Guadalajara de Buga, Guacarí y Cali. En cambio, en Barragán, algunos profesores sí son directamente de ahí mismo de la región y otros de los municipios que he nombrado anteriormente. Uno podría pensar que hay más presencia de Estado en Barragán en cuanto a la gobernabilidad, pero no es así. Carece de presencia de Estado toda la zona que, en algún momento, con las otras veredas que corresponden al municipio de Buga, especialmente La Mesa, estaban los asentamientos de las FARC. (padre José Alberto, comunicación personal, 21.09.2021)

Gracias al llamado de algunos actores de la comunidad, quienes solicitaron la presencia de la fuerza pública, jalonando, de alguna forma, mayor presencia del Estado, se logró la instalación de un piloto de batallón de alta montaña del Ejército Nacional y una sede de Policía, pero no hubo modificaciones a la situación; los sentimientos de desprotección y abandono seguían presentes. De ello fue testigo el padre José Alberto. Por otra parte, el tejido social de la comunidad se había roto, entreviéndose fracturas en su interior por el surgimiento de una división invisible entre quienes eran de Santa Lucía y quienes eran de Barragán, donde la desconfianza de los unos hacia los otros tomaba cada vez más fuerza gracias a la presencia del grupo armado en los corregimientos.

El despliegue de grupos armados ilegales en territorios cercanos donde habitan comunidades locales conduce casi siempre a su discriminación o señalamiento con etiquetas de ser colaboradoras, insurgentes o ilegales, lo que permite establecer una distinción constituida por la otredad e ignora otros elementos múltiples recreados en el desarrollo de la vida humana, en tanto se impone un control ejercido a través de la violencia directa por dichos actores. Así fue tomando forma la violencia cultural (Galtung, 2003a) que, para el caso, no solo era frecuente en la lectura externa, a las afueras del territorio, sino también hacia sus adentros:

Hay como una línea, digamos, de división invisible entre esas dos poblaciones. Y no se comunican mucho las familias de unos con otros entre los dos corregimientos; eso significa los miedos que manejan porque en Barragán dicen “vinieron los de Santa Lucía: ¿quiénes son?” y cuando uno llega a Santa Lucía y llega gente de Barragán dicen: “¿estos quiénes son?”. Entonces hay una ruptura del tejido social por las mismas situaciones de violencia que se han generado y eso creó división entre las mismas comunidades. No es que tengan situaciones de guerra entre ellos, pero los mismos actores armados al margen de la ley, en este caso las FARC, fueron dividiendo las comunidades sin darse cuenta. (padre José Alberto, comunicación personal, 21.10.2021)

Por más que sea un contexto particular, Santa Lucía y Barragán comparten similitudes con otros miles de lugares condensados en una realidad nacional vivida de forma perene: espacialidades disputadas entre grupos ilegales y la fuerza coactiva del Estado, opacadas por la exacerbación del dolor y el sufrimiento, y condicionadas por problemáticas estructurales de vieja data como la crisis en la tenencia de la tierra, el fracaso en la consolidación de una reforma agraria exitosa, la falta de disposición de recursos para el desarrollo y bienestar de los ciudadanos y la poca o nula garantía en la oferta y acceso de servicios y

derechos fundamentales por parte del Estado. Una radiografía de lo que ha sido el país a través de la historia.

El costo de la guerra vivida en su momento fue supremamente alto, dejando además de daños materiales, daños psicológicos y espirituales en la región, como el miedo. Así lo ratificó el padre José Alberto. Un episodio claro, recordado por él, estuvo marcado en la salida de algunos jóvenes en busca de mejores oportunidades educativas ante la falta de una oferta de niveles escolares de básica secundaria y media, con rumbo hacia Cali, Guadalajara de Buga o hacia el casco urbano de Tuluá que, a la postre, sirvió también como escapatoria ante la preocupación de los padres por el reclutamiento de la guerrilla. Quienes se quedaban eran enlistados en las filas de las FARC-EP; varios jóvenes, seguramente, se sintieron atraídos desde la ideología impartida por la guerrilla, otros fueron llevados a la fuerza. Muchas familias fueron obligadas a cumplir con esa triste cuota en el conflicto armado.

A pesar de que el Gobierno se encontraba en diálogos con una delegación de las FARC-EP en La Habana, Cuba, las hostilidades no cesaron en el 2015. Se tenía el presentimiento de que este escenario de posible transición a la paz iba a disminuir la escalada del conflicto, pero no fue así. Mientras los países garantes de los diálogos de paz instaban a la restricción total de acciones que causaran más víctimas y sufrimiento y exhortaban a un cese al fuego bilateral y definitivo (“Países garantes de diálogo de paz...”, 2015), los secuestros continuaron junto a las extorsiones, la desaparición de personas y el desplazamiento en la zona. Una bifurcación pragmática y desligada entre la construcción de paz institucional y las tensiones acaecidas en el territorio, en las que muchas veces, quienes se insertan a dichas cotidianidades —en este caso los representantes eclesiásticos—, complementan los fines del Estado (prevención, negociación, desescalamiento) en una serie de complejidades totalmente ajena a las lecturas centralistas de la cúspide social y política.

La mediación en la reconstrucción de caminos: aporte para la paz social

Al entrever la ruptura del tejido social debida a la violencia multifacética, la tarea del sacerdote fue extendiéndose en la reconstrucción de los caminos desconectados de la comunicación. Caminos simbólicos sobre caminos físicos, una labor ardua y difícil por la sobreposición de la dinámica social anteriormente expuesta. No solo debía pasar como un foráneo en esas tierras; sino que estaba representando a un sector poco relevante para la comunidad. La religiosidad institucionalizada allí no estaba tan presente, “a las celebraciones eucarísticas asistían tres o cuatro personas” (padre José Alberto, comunicación personas,

21.10.2021) en una población con aproximadamente 813 habitantes proyectados (Alcaldía de Tuluá, 2021).

Pero allí debía florecer su creatividad, añadirle a su sotana los bordados de su vida como hijo del campo, de sujeto político al ser ciudadano del Estado colombiano, de sujeto social por el simple hecho de tener padre, madre, hermanos, primos, tíos, amigos, conocidos, estudiantes a su cargo. Si bien transitaba por espacialidades terrestres, debía buscar la forma de conectar con las personas. Lo hizo a través del saludo directo, acercándose a preguntar cosas tan sencillas como el estado de vida de los pobladores, por sus familias o en dónde vivían; otras preguntas, tal vez demasiado obvias, como si estaba ordeñando vacas al campesino ordeñando vacas, contando anécdotas jocosas o chistes seguidos del brote de sonrisas en los rostros de los habitantes, para ganarles, en diferentes formas, el pulso a la desconfianza y al silencio gracias a su habilidad en la reproducción de lazos de proximidad, de próximo, de prójimo. Algo reconocido en su testimonio como *parte de la vida espiritual*⁵.

Poco a poco, fue internándose en esos caminos intangibles y rotos de la comunicación. Fue percibiendo los gustos de una comunidad hermética al principio, mientras se ganaba un espacio de reconocimiento. Empezó a escuchar el acento predominante en la pronunciación de los campesinos, un acento algo lejano de los del Valle del Cauca y el Pacífico; el dialecto boyacense era notorio. Asimismo, fue escuchando las melodías que acompañaban la cotidianidad de la comunidad, ritmos producidos por guitarras y requintos, por tiples y guacharacas a fulminante punteo, nada más y nada menos que los acordes de la carranga.

De alguna forma, ese silencio de los habitantes de la zona tenía brotes de resistencia, gracias a que los productos cultivados allí y comercializados entre los mismos campesinos (papa, zanahoria, fresa, ulluco y demás especies propias de estos climas), escaparon de la violencia. Mas era algo no perceptible de entrada y a simple vista; el tiempo fue contextualizando al padre José Alberto sobre ello. Como responsable de la evangelización en la zona, él debía moverse hacia diferentes lugares con frecuencia: caminar, caminar más, estar presente en un lado, estar presente en el otro. Sin querer, fue rompiendo con esas divisiones invisibles

5. La confianza se adhiere en la fundamentación de la espiritualidad, conforme se conecta con los elementos racionales, emocionales y psicológicos de mujeres y hombres y se manifiesta en sus relaciones con los demás al propiciar un ambiente de reconocimiento hacia el otro desde la credibilidad. Pero también forma parte de los valores cristianos, ya que emana de una esencia sobrenatural y pone en sintonía al hombre con su fe, acorde con la realización de lo esperado. Así, forja comunidad y afianza la fe en un estado de plenitud. La confianza, valor cristiano y valor social, converge en el seno de la sociedad y da relevancia a la composición axiológica de la vida del ser humano.

reconocidas en su experiencia por el mero hecho de ir y venir. En parte, porque la capilla de Santa Lucía estaba bajo su tutela, empezó a dividir sus estadías entre ambos lugares: jueves, viernes y sábado en Santa Lucía, los demás días en Barragán. Se había vuelto un actor usual en el paisaje de las dos comunidades.

Además de frecuentar tiendas, cantinas y parques de los corregimientos, se inmiscuyó en otros espacios, como encuentros convocados por el Gobierno municipal, las instituciones del Estado y por actores políticos que buscaban una base electoral en la región. Aunque estos ámbitos no formaban parte del gobierno de las almas, el padre José Alberto logró conectarse a ellos gracias al reconocimiento y participación en la interlocución entre población y representantes del poder público.

Prueba de ello fueron las manifestaciones frente a su presencia en los encuentros políticos, donde le decían: “padre, usted no puede hablar porque usted es el padrecito, usted se dedica a su misita y nos reza y pare de contar”. Aun así, su asistencia no se vio coartada, todo lo contrario, al poco tiempo comenzó a ganar reconocimiento.

La comunidad como sujeto político: mediación, democracia y paz

A pesar de ser vista con recelo, la participación del padre en los espacios propiciados por el Estado y convocantes a la comunidad, poco a poco fue ganando terreno. Tal vez esa duda frente a su presencia estaba marcada por el hermetismo comunitario frente a habitantes recién llegados o por la ruptura espiritual de los feligreses con la escalada del daño y el dolor. Pero allí hacía presencia él, una escena propia del pasado institucional eclesiástico.

La Iglesia ha tenido incidencia en la historia política colombiana en la construcción de Estado, a la hora de la elección de representantes en los cargos públicos o debido al peso de sus preceptos en el tratamiento de demandas sociales y en su estrecho relacionamiento con diferentes actores e instituciones en la edificación constante del aparato estatal durante los siglos anteriores. Si bien su actuar fue transformándose con el pasar de los años, en la actualidad, en calidad de representante de la dimensión espiritual dentro de la sociedad, sigue haciendo presencia en la vida política. Una iglesia con múltiples facetas —partidista desde el siglo XIX hasta mitad del XX, en crisis interna por la corriente de liberación social latinoamericana en buena parte de la segunda mitad del siglo XX y reformada hacia el humanismo y la justicia social durante los últimos 30 años— (Roux, 1981), cuya intervención ha impactado en la estabilidad o cambio de la vida social.

Ejemplo de esto fue el periodo de los comicios para la elección de nuevos representantes de las Juntas de Acción Comunal (JAC) del país en 2016. En ese espacio, el padre José Alberto decidió vincularse a una de las planchas⁶ candidatas, la cual resultó vencedora para presidir la Junta los próximos años. El ambiente en Barragán y Santa Lucía, ante la elección de una nueva dirección para el trámite de las necesidades y asuntos comunales, condensó una mayor presencia de las diferentes instituciones municipales en el territorio. Diferentes dependencias de la Alcaldía, entre ellas las secretarías de Agricultura, de Gobierno, de Salud y de Educación, organizaron varios encuentros, no habituales tiempos atrás, con la comunidad. Sin recibir invitación a dichos espacios, pero por ser miembro de la nueva directiva de la JAC, el padre José Alberto tomaba participación percibiendo el compás de las reuniones a un ritmo marcado únicamente por los representantes estatales y sin una discusión ni aprobación consensuada de las decisiones.

Aquella situación abrió una oportunidad para su intervención: cuando los actores gubernamentales enunciaban las acciones a desarrollar por la institucionalidad pública local, él, pidiendo la palabra, presentándose primero como sacerdote de la región y luego como miembro de la JAC, cuestionaba las decisiones inquiriendo si se había consultado a la comunidad previamente, cuándo habían consultado aquello y con quién, en particular, si habían hablado para la toma de dichas disposiciones. Esas intervenciones lo fueron convirtiendo en foco de atención de los asistentes, quienes aterrizaban sus miradas en él con sus momentos de vocería y diciéndose unos a otros: “el cura es muy arriesgado; qué libertad tiene el cura para ir hablando; cómo nos defiende el padre”. Propugnaba la necesidad de velar por los derechos de una comunidad carente de voz debido al miedo y la injusticia, pues las acciones de los representantes municipales profundizaban un atropello más a la dignidad de los campesinos lusitanos y barragueños. Sus actuaciones públicas fuera del púlpito transformaron la percepción que la comunidad tenía de él: más que un líder espiritual, se estaba tornando en un mediador social que enarbola principios de gobernanza con el fin de lograr una afirmación plural y complementaria en el proceso democrático de la formulación y aplicación de la política entre sociedad y Estado.

A ello respondió su actividad. Mediar en escenarios en los que la violencia se tornaba difusa y era imperceptible, puesto que su reproducción residía como un fenómeno estructural (desigualdad y exclusión), situado en un proceso de

6. Figura de inscripción colectiva y postulación de candidatura para que, por voto popular, presida la mesa directiva de una Junta de Acción Comunal.

concentración de asimetrías arraigadas en expresiones culturales (invisibles) y desembocadas en expresiones físicas (visibles) (Galtung, 2003^a). Un accionamiento constante y transversal dentro de la sociedad colombiana donde “la diferenciación social (...) [ha ido] tomando lentamente características verticales con un intercambio crecientemente desigual” (Galtung, 2003a: 13).

Ahora, el padre José Alberto no llegaba a los espacios convocados por la institucionalidad pública sin ser invitado; alguien tocaba a su puerta informándole que pronto empezaría la reunión, una suerte de solicitud de compañía a la comunidad. Ganar terreno en la interlocución entre la población y el Estado no fue fácil, pero lo había logrado. Quedaba la tarea de ganarle terreno al acercamiento con las FARC-EP.

Haciendo visible la mediación: abonando el terreno desde acciones concretas

En el conflicto armado, la ley y el orden han sido impartidos muchas veces por actores distintos al Estado. La guerrilla de las FARC-EP estaba desplegada en gran parte de la cordillera Central de Colombia y el Valle del Cauca resguardaba una de las estructuras más fuertes de la entonces guerrilla, el Bloque 6, presente en Barragán y Santa Lucía, comandado durante décadas por Pablo Catatumbo. Fue el mismo jefe guerrillero quien, para el año 2012, se encargó de ser el interlocutor inicial del grupo insurgente en la posibilidad de llevar a cabo un diálogo orientado a la finalización del conflicto armado entre este y el Gobierno nacional. Desde entonces, hasta el año 2016, las partes entablaron una mesa de conversaciones con sede en La Habana, Cuba, logrando finalmente la firma de los acuerdos de paz y la desmovilización de dicha guerrilla.

Ese periodo de los diálogos (2012-2016) contuvo altos y bajos, crisis, estancamientos y avances en la interlocución de los delegados de cada una de las partes, como también en el territorio nacional. El cese al fuego fluctuó y las acciones de violencia en las regiones no cesaron. Sin embargo, en el año 2015, el escenario de diálogo brindó la oportunidad para que el padre José Alberto se acercara a la dirección del Bloque para buscar la manera de mediar en el desescalamiento del conflicto en la región. Fue un proceso lento, marcado por la apuesta de acompañamiento y servicio comunitarios que llamaron la atención debido al ruido de sus pasos por fuera de lo espiritual, siguiendo los senderos sociales y políticos de la comunidad. La inquietud y el seguimiento de la guerrilla a sus movimientos llegaron a sus oídos; él ya había podido reconocer quiénes lo observaban en los encuentros sociales y en los espacios públicos, al punto de identificar posteriormente al subcomandante en el paisaje cotidiano

y comprender su estrategia de hacerse notar por momentos para desaparecer después rápidamente, una suerte de demostración táctica, transmitiéndole el mensaje sobre el alto grado de interés recaído en sus hombros.

Doce meses después de su arribo al territorio, en uno de esos días programados para su estadía transitoria por Santa Lucía, el padre José Alberto vio al subcomandante en una de las bancas de la plazoleta pública. Comprendió rápidamente la oportunidad de entablar una presentación formal con el jefe guerrillero. Sin más, acudió a lo que parecía casualidad para lograr el anhelado acercamiento y la entrega de un mensaje propositivo hacia la cimentación de la paz desde lo local. En la comunicación supo oficialmente ser objetivo de seguimiento: sabían qué hacía, por dónde se movía, quién era. A pesar de estar al tanto de los movimientos del clérigo, el subcomandante también abrió la oportunidad para conocerlo, de escucharle, ya que sentía curiosidad por aquel personaje eclesiástico cuyas acciones *estaba copiando* la gente. La Diócesis de Buga siempre había acompañado a la comunidad desde las misiones apostólicas de los seminaristas, especialmente en los períodos de Semana Santa y Navidad, pero no había provocado tan alta acogida social. El resultado de aquel momento se tradujo en la apertura de una propuesta corta, pero decisiva en la transformación del contexto; la preparación hacia la paz de manera incluyente era el objetivo principal.

La experiencia en la trayectoria pastoral del padre José Alberto le permitió familiarizarse con escenarios donde la violencia imperó, un atributo a disposición del momento que lideraría en Santa Lucía y Barragán tiempo después. En 2008 conoció el dolor de lo que significó la desaparición forzada de personas para las comunidades, participando en su búsqueda por los afluentes de Buenaventura y el Chocó, topándose con cuerpos desmembrados flotando en el agua. Sabía también lo que era representar a la Diócesis de Buga en un escenario político de esa índole, pues estuvo presente en la desmovilización paramilitar del Bloque Calima en el municipio de Galicia en 2004. Además, supo cuál era el estado de la fase exploratoria y posteriores diálogos de paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP en su punto inicial, mucho antes de lo informado a la opinión pública nacional, pues estuvo al tanto de la coyuntura gracias a su estancia misional entre 2008 y 2013 por la provincia de Las Tunas, en Cuba, anécdota compartida en aquella banca del centro poblado de Santa Lucía, cuando se presentó formalmente al líder guerrillero y quien, ante su pregunta sobre los históricos revolucionarios cubanos, con bastante interés, supo que el padre había conocido a Fidel y Raúl Castro y al sistema político socialista de la isla, un elemento que, según lo testimoniado, reforzó la confianza entre las partes.

Luego de este comienzo, hubo una disposición frecuente de acercamiento entre las partes. Las visitas del subcomandante a la comunidad de Santa Lucía aumentaron, ahora haciendo ambos más visibles entre sí. Los encuentros cortos fueron habituales, teniendo como tema central la discusión acerca del proceso de diálogo en La Habana y cómo, voluntariamente por los dos actores, se podían suscitar espacios o conversatorios que ofrecieran dar un paso con la comunidad e informarles cómo iban los acuerdos (padre José Alberto, comunicación personal, 2.10.2021). Aunque esto fuese un intento de carácter informativo preliminarmente, valió de pretexto para lograr la ambientación de comunicación entre el actor armado y la sociedad civil y, por ende, catalizar el desarrollo de un proceso inminente de cambio a nivel nacional, visto transitoriamente con malos ojos en algunas esferas sociales, pero con esperanza entre las poblaciones golpeadas por el fragor de la violencia. El padre José Alberto recordó lo poco que la población sabía de lo concertado en La Habana hasta el momento, al contrario de la facción guerrillera, que estaba constantemente actualizada gracias a los delegados en Cuba. Sin intermediación del Estado, debido a su poca presencia en el territorio rural de Barragán y Santa Lucía, la Iglesia y las FARC-EP sirvieron en complementariedad para la difusión de la propuesta que buscaba la consolidación del nuevo panorama con el postconflicto que incidiría directamente en las poblaciones más apartadas del país. “Ese fue el atributo participativo de la Iglesia católica” (padre José Alberto, comunicación personal, 2.10.2021), en cumplimiento de sus preceptos, al construir confianza, promover la paz y reducir los prejuicios, prestando su apoyo para acercar a victimarios y víctimas y logrando, en un ejercicio político, impulsar el bienestar espiritual.

La capilla de Santa Lucía fue testigo de un hecho particular. Finalizadas las celebraciones eucarísticas presididas por el padre José Alberto y bajo su ofrecimiento, el recinto sirvió de lugar para la emisión de información por parte del subcomandante respecto a los encuentros de socialización de los acuerdos con la comunidad. Una primera iniciativa convocante respaldada por los avances cléricales de aproximación con los habitantes de los corregimientos y de reconocimiento carismático. Fue un lugar representativo donde la “libertad de jugarse la vida” de su administrador respaldó la posibilidad de ubicar un recinto sin riesgo a posibles estigmatizaciones futuras y garante del esfuerzo por alcanzar el propósito de una verdadera inclusión y participación: crear una noción social y política de lo que se concertaría finalmente meses más tarde. Así fue como cierta vez la participación de los feligreses en el rito sacro aumentó, habiendo de 50 a 60 personas entre combatientes y civiles, quienes acudieron por propuesta del subcomandante a la ceremonia eucarística, “un signo más de confianza” (padre José Alberto, comunicación personal, 2.10.2021).

La invitación a concurrir a los encuentros programados para la socialización de los avances se propagó por las veredas y estos tuvieron cabida en diferentes sitios estratégicos para facilitar el desplazamiento de los pobladores. El padre José Alberto también llevó la información a la comunidad de Barragán, instando a sus habitantes a estar presentes y recibir estos espacios de socialización como posibilidades de romper la desconfianza hacia Santa Lucía; fue así que barragueños decidieron participar en las reuniones y aceptaron la oportunidad de conocer el estado de la concertación producida en La Habana, escuchando a quienes, en su momento, fueron generadores directos de violencia y se estaban transformando en actores en la emergencia de la paz.

La mediación a través de la espiritualidad

La apuesta por cimentar el tan perseguido y ansiado valor de la paz en la región rural de Tuluá contuvo un trazo religioso. Se extrapoló al plano material, saliendo de los recintos sacros católicos bajo un “la paz esté contigo... daos un saludo de paz”, para tornarse punto de inflexión frente a la violencia vivida. Germinó como una idea hasta convertirse en hechos participativos y dinamizadores en espacios comunicativos dialogantes de la paz negociada, de la paz política que traería un nuevo escenario no experimentado ni por ancianos ni por jóvenes colombianos. La meta de constituir aquellos encuentros para la discusión sobre el proceso de paz fue creciendo y se convirtió en el lugar en el que convergían los portadores de armas, las víctimas —receptores del daño visible e invisible—, los emisores de la evangelización, los jóvenes y los adultos. Fue acercamiento, recibir y aceptar al otro, a quien se había lastimado y volver a ser próximo, prójimo.

Allí comenzamos a aterrizar esos acuerdos, a socializarlos. (...) Comenzamos a citar a los campesinos de las diferentes veredas sin coartarlos, sin obligarlos, sino que los citábamos, concretamente les decíamos “están citando para una reunión”, o yo llevaba la información o ellos la mandaban con sus diferentes contactos que tenían y entonces allí nos reuníamos en las veredas. De Barragán también participaban, yo les decía que fuéramos a participar sin miedo, “vamos a participar”. Y participábamos también, les decía: “es muy importante que ustedes se den cuenta qué es lo que se está haciendo y cómo se está haciendo, por qué está apostando esta gente, sino ustedes siempre los van a ver como enemigos de ustedes y de la paz”. (padre José Alberto, comunicación personas, 21.10.2021)

En la construcción de paz en la zona, la realización de una vigilia espiritual nacional fue gran símbolo espiritual y social. Sucedió a finales octubre de 2016⁷ en el corregimiento de La Mesa, Buga, cuando los acuerdos se formalizaron y estaban *ad portas* de la firma entre el presidente Juan Manuel Santos y el comandante Timochenko; un modo de ofrendar a la reconciliación desde lo local y darle la bienvenida a un nuevo panorama nacional. Pronto se pondrían en marcha los combatientes saliendo del territorio donde operaron por tantos años para concentrarse con otras estructuras del grupo armado en Planadas, Tolima, punto geográfico acordado para la reincorporación. En la planeación de lo que sería la finalización y apertura simbólica de la paz en la zona, el padre José Alberto extendió un llamado a los representantes de otras denominaciones religiosas, invitando a la confirmación del desarrollo del evento, ofreciendo la posibilidad a todos los pastores religiosos que quisieran sumarse para que sirviesen en la difusión de la convocatoria.

Fue así como se reunieron aquella noche más de 500 personas entre líderes sociales, simpatizantes y militantes de las FARC-EP, representantes de la sociedad civil, campesinos, citadinos y feligreses para orar por la paz, provenientes de Risaralda, Tolima, Cauca, Valle del Cauca y otras partes del país. Un símbolo religioso carente de proselitismo, en común acuerdo por quienes presidieron el acto y contenido por el único propósito de clamar el don divino, pedir la terminación de la violencia e iniciar simbólicamente la disposición del territorio hacia un nuevo camino de esperanza:

(El encuentro) fue un ambiente especial, muy espiritual (...) [que], al mismo tiempo, generaba más cercanía; me parece a mí que hay que entender la cercanía en el sentido de diálogo, de humanizarnos un poco, porque uno cree que los actores armados son monstruos, que son máquinas, que son manipulados, todo lo que usted quiera, pero cuando uno llega a ellos tienen alma, tienen corazón, tienen espíritu, lloran, son humanos como cada uno de nosotros. Por eso, la fuerza que ellos le dieron al acuerdo de paz no tiene nombre. Esa gente sabía y sabe qué es eso. Porque ellos no solamente han hecho sufrir al pueblo colombiano, sino que el pueblo colombiano también los ha hecho sufrir a ellos. Son dos historias paralelas, son dos historias que hay que contar: el sufrimiento del pueblo con los secuestros, con las

7. Los siguientes recursos audiovisuales proporciona información de primera fuente, que amplía los sucesos: “Masiva asistencia popular a la Vigilia por la Paz en La Mesa Rioloro, área de Buga” (Pazífico Noticias, 2016) y “La Mesa Rioloro, vereda vallecaucana que rindió homenaje a la Paz” (Marcha Patriótica Valle, 2026).

bombas, con los explosivos, con las minas, con las pérdidas humanas, pero también hay que escuchar la otra parte de ellos que es niños abandonados, sin hogar, sin posibilidades, sin trabajo, gente que [le hacen sentir que] no vale nada dentro de la sociedad y que allá les daban un valor agregado, así fuera un arma, porque para una persona que [siente que] no vale nada para la sociedad, un arma es un valor agregado. (padre José Alberto, comunicación personas, 21.10.2021)

La vigilia fue un signo de clausura, pero también de comienzo del trabajo de construcción de paz bajo un ciclo que inició con la comprensión del entorno, el acercamiento a la comunidad, la participación política y el diálogo con el actor armado imperante, habiéndose logrado así la socialización en el territorio de lo gestado en Cuba, entretejido con el propósito de aportar en la reducción de la violencia, la regeneración del tejido social y la hilvanación de credibilidad para el proceso de paz desde la garantía de la mediación de la Iglesia en lo local.

Poco después del encuentro espiritual por la paz, comenzó la preparación para la salida de los combatientes de la zona de Barragán y Santa Lucía. Era la partida de quienes estuvieron tantos años controlando el espacio y disputando la fuerza coactiva al Estado para abrirse paso hacia la reinserción en la vida civil, expresión final del ejercicio insurgente de la guerrilla con mayor presencia en Colombia durante tantas décadas. En lo local, concretamente en los corregimientos de Santa Lucía y Barragán, la Iglesia católica fue acompañante de la coyuntura, adicionando, por medio de su representante, credibilidad al proceso (macro) de paz con acciones directas de ambientación entre los diversos actores presentes en la región.

Ya en los últimos momentos con ellos, fue comenzar a gestionar por dónde iban a salir, cómo sería su salida. Ellos se dirigieron hacia el Tolima, salieron por Santa Lucía y Barragán; salieron hacia Planadas. Era el destino final. [En el momento en que comenzó su marcha]], mucha gente salía a los caminos a despedirlos, con banderas, con las tapas de las ollas y los despedían con alegría, no con tristeza, sino con alegría. Eso fue un fenómeno muy interesante. La gente no los despidió con miedo ni diciendo “si quiera se van”. Con una esperanza, esa fue la lectura que yo le di. Una lectura de saber que ellos se iban a algo muy especial, [...] por la paz. (padre José Alberto, comunicación personas, 21.10.2021)

Conclusiones

El año 2016 será recordado en Colombia y el mundo por la firma de los Acuerdos de Paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP. Luego de un proceso de diálogo de más de cuatro años y de 70 años de conflicto armado entre las partes, se atisbó la posibilidad de vivir un nuevo escenario, uno nunca logrado, el de la paz. En ese proceso, participaron múltiples actores desconocidos para muchos —organizaciones sociales, comunidades, líderes, combatientes, entre otros— que aportaron en la construcción y edificación del cambio, ejerciendo ese trabajo en las localidades donde la violencia había sido más fuerte y difícil de erradicar. Un escenario integrado por expresiones tanto locales como regionales y sociales, conformado gracias a la gestión institucional, pero integrada desde vicisitudes fragmentadas y expandidas más allá de la mesa de negociaciones.

Ese fue caso de la mediación eclesiástica de la Diócesis de Buga en la zona rural de Tuluá, con su puesta en marcha en un escenario de disputa y control entre el Estado, a través de su fuerza pública y los grupos armados ilegales, quienes condujeron a la ruptura del tejido social y a la profundización no solo de la violencia física, sino también cultural y estructural venidera desde tiempo atrás. Esa forma local de contribuir en la transformación del contexto anclado al momento coyuntural de Colombia requirió que la mediación se extrapolara a diferentes ámbitos de la vida humana más allá del político, integrando a responsables y afectados con la participación paulatinamente edificada de un actor externo (mediador).

De la práctica se desprendió un proceso que requirió tiempo, dedicación y propósito neutral para generar insumos en la transformación positiva del contexto y servir de apoyo en la búsqueda por constituir un cambio en la zona. Esa mediación, ligada al paradigma posliberal y postsecular de la paz, fue accionada con el aterrizaje de la experiencia y trayectoria religiosa, dotada de aceptación, potenciando así las posibilidades de desescalamiento de la violencia y acercamiento entre las partes, bajo la creatividad cotidiana y localizada en la construcción de confianza. Además, requirió la integración en la escena del reconocimiento político y social de la población civil, en su mayoría receptora de la violencia en todas sus formas, abanderando desde el inicio la eliminación de la noción de ataque en los diferentes ámbitos (hacer con el otro y no contra el otro) y conectando a todas las partes inmersas en la situación al ambientar un proceso incluyente y participativo.

Ello supuso un contexto conciliador en un escenario donde el conflicto armado no fue una simple noción, sino un estado constante y a gran escala; un accionar desde la base eclesiástica imperceptible en la mesa de los diálogos de

paz, pero incidente y recreada en lo territorial. Este es un reto provocador en los estudios de paz por denotar una mayor visibilidad de las expresiones pacíficas y cotidianas en la búsqueda participativa de la construcción constante, incluyente y holística de la paz multidimensional.

Referencias

1. Alcaldía de Tuluá (2021). *Anuario estadístico*. Recuperado de https://view.officeapps.live.com/op/view.aspx?src=https%3A%2F%2Fs3.pagegear.co%2F453%2Fcontents%2Finformes_dinamica_empresarial%2Ftulua_datos_2020.xlsx&wdOrigin=BROWSELINK
2. Banat, Tom; Montevercchio, Caesar; Powers, Gerard (2018). *Catholic Approaches to Transitional Justice and Reconciliation Processes. Guidelines for Reflection and Planning* [documento PDF]. Recuperado de https://kroc.nd.edu/assets/303696/cpn_tjr_digital_version.pdf
3. Bourdieu, Pierre (2011). La ilusión biográfica. *Acta Sociológica*, 1(56), 121-128. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.56.29460>
4. Cárcamo, Héctor (2005). Hermenéutica y análisis cualitativo. *Cinta Moebio*, 23, 204-216. Recuperado de <https://cintademoebio.uchile.cl/index.php/CDM/article/view/26081/27386>
5. Cordero, Mayra (2012). Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa. *Revista Griot*, 5(1), 50–67.
6. Fisas, Vicenç (2006). *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Barcelona: Icaria.
7. Flórez-Suárez, Luis Ernesto (2018). *Iglesia y paz. Aportes de la Iglesia católica a los procesos de paz en Colombia*. Cali: Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium.
8. Galtung, Johan (2003a). *Violencia cultural*. Biskaia: Gernika Gogoratzu.
9. Galtung, Johan (2003b). *Paz por medios pacíficos*. Gernika: Gernika Gogoratzu.
10. García-Durán, Mauricio (2006). *El papel de la Iglesia católica en la movilización por la paz en Colombia (1978-2006)* [documento PDF]. Recuperado de https://cpn.nd.edu/assets/158402/duran_el_papel_spanish.pdf
11. Harto de Vera, Fernando (2016). La construcción del concepto de paz: paz negativa, paz positiva y paz imperfecta. *Cuadernos de Estrategia*, 183, 119-146. Recuperado de <https://produccioncientifica.ucm.es/documentos/5d399a-3b2999520684462ae9>

12. Hejazi, Hutan (2025). Postsecularism and Habermasian translations of Ashura. *Culture and Religion*, 1-21. <https://doi.org/10.1080/14755610.2025.2537692>
13. Jong, Abbas (2025). The Post-Secular Cosmopolitanization of Religion. *Religions*, 16(3). <https://doi.org/10.3390/rel16030334>
14. Verdad Abierta (4 de septiembre de 2014). La violencia en Buga, Valle del Cauca, que generó abandono de tierras (4 de septiembre de 2014). *Verdad Abierta*. Recuperado de <https://verdadabierta.com/la-violencia-en-buga-valle-del-cauca-que-genero-abandono-de-tierras/>
15. Lederach, John Paul (1998). *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Artekalea: Gernika Gogoratuz.
16. Manrique, Carlos (2019). Religious Practices, State Techniques and Conflicted Forms of Violence in Colombia's Peacebuilding Scenarios. *Revista de Estudios Sociales*, 67, 56-72. <https://doi.org/10.7440/res67.2019.05>
17. Marcha Patriótica Valle (1 de noviembre de 2016). *La Mesa Rioloro, vereda vallecaucana que rindió homenaje a la paz* [archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=46Hkp77wQUQ>
18. Muñoz, Francisco (2001). *La paz imperfecta*. Granada: Universidad de Granada.
19. Países garantes de diálogo de paz en Colombia piden reducir hostilidades con urgencia (8 de julio de 2015). *La República*. Recuperado de <https://www.larepublica.co/economia/paises-garantes-de-dialogo-de-paz-en-colombia-piden-reducir-hostilidades-con-urgencia-2274406>
20. Pazífico Noticias (1 de noviembre de 2016). *Masiva asistencia popular a la Vigilia por la Paz en La Mesa Rioloro, área de Buga* [archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=jpykESY6K9c>
21. Restrepo, Eduardo (2018). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
22. Richmond, Oliver (2011). Resistencia y paz postliberal. *Relaciones Internacionales*, 16, 13-46. Recuperado de <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/download/5062/5520/10718>
23. Rodríguez, José Darío (2020). *Iglesias locales y construcción de paz. Los casos de Barrancabermeja, Quibdó, San Vicente del Caguán y Tumaco*. Bogotá: CINEP.
24. Roux, Rodolfo de (1981). El laicado y la cuestión social. En *Historia general de la Iglesia en América Latina* (pp. 517-551), editado por Enrique Dussel. Salamanca: Sígueme.
25. Schmitt, Carl (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

Juan David Durán-Silva

Polítólogo de la Universidad San Buenaventura, Bogotá y magíster en Estudios Sociales y Políticos, Universidad ICESI, Cali. Con experiencia en proyectos de intervención social para el fortalecimiento de la participación civil en la definición de políticas públicas, el campo humanitario y la cooperación internacional. Especialista en monitoreo, evaluación, aprendizaje y rendición de cuentas. La construcción de paz, la relación entre Estado e iglesia y la cultura política son fenómenos que cautivan mi interés. Correo: duransilvaj@gmail.com